

de las atribuciones civiles y Murad de las militares. Este último, encargado de los combates, distinguíase como guerrero y gozaba del afecto de los mamelucos, todos ellos fieles á su persona.

Bonaparte, que al genio del capitán reunía el tacto y la habilidad del fundador, y que además había administrado bastantes países conquistados para haber adquirido un arte particular, comprendió en el acto la política que debía seguir en el Egipto. Era necesario por lo pronto arrancar este país á sus verdaderos dueños, es decir, á los mamelucos; á esta clase debía combatir y aniquilar por las armas y la política. Además había razones que podrían hacerse valer contra ellos, pues no habían dejado de maltratar á los franceses.

En cuanto á la Puerta, convenía aparentar que no se atacaba su soberanía, afectando por el contrario respetarla, tanto más, cuanto que ya era poco importante. Podíase tratar con la Puerta, ya para la cesión de Egipto, concediéndole ciertas ventajas en otra parte, ó ya para una participación de autoridad que no tendría nada de enojosa, pues dejando al bajá en el Cairo, como estuvo hasta entonces, y heredando el poder de los mamelucos, no se perdería gran cosa. Respecto á los habitantes, para granjearse su afecto era preciso ganar la verdadera población, ó sea la de los árabes. Respetando á los jeques, lisonjeando su inveterado orgullo, proporcionándoles mayor poder y halagando el secreto deseo que dominaba en ellos, como dominaba en Italia y en todas partes, cual era el de restablecer la antigua patria, la patria árabe, se estaba seguro de someter al país y atraérsele por completo.

Aun había más: respetando las propiedades y las personas, en un pueblo que estaba acostumbrado á considerar que la conquista daba derecho para matar, saquear y devastar, iba á producirse una sorpresa muy favorable para el ejército francés; y si se respetaban además las mujeres y el profeta, la conquista de los corazones era tan segura como la del territorio.

Bonaparte procedió con arreglo á estos cálculos, tan exactos como profundos: dotado de una imaginación completamente oriental, érale fácil adoptar el estilo solemne é imponente que convenía á la raza árabe. Hizo proclamas que se tradujeron en aquella lengua, circulándose por el país, y escribió al bajá lo siguiente:

«La república francesa ha resuelto al fin enviar un poderoso ejército para poner término al bandolerismo de los beys de Egipto, como se vió en la precisión de hacerlo varias veces durante el siglo actual contra los beys de Túnez y de Argel. Tú, que deberías ser el señor de ellos, y que sin embargo te tienen en el Cairo sin autoridad y sin poder, tú deberías ver nuestra llegada con gusto. Sin duda sabrás ya que no vengo para intentar nada contra el Alcorán ni el sultán; también sabes que la nación francesa es la sola y única aliada que tiene el sultán en Europa; ven, pues, á mi encuentro, y maldice conmigo la raza impía de los beys.»

Dirigiéndose á los egipcios, hablábales Bonaparte en estos términos:

«Pueblos de Egipto, os dirán que vengo para destruir vuestra religión, mas no lo creáis; contestad que vengo sólo á restituiros vuestros derechos y á castigar á los usurpadores, y que respeto más que los mamelucos á Dios, su Profeta y el Alcorán.»

Al hablar del despotismo de los mamelucos, decía: «Si hay una buena tierra, pertenece á los mamelucos; la hermosa esclava, el buen caballo y la casa magnífica, son de ellos también. Si el Egipto es posesión suya, que enseñen el privilegio que Dios les concedió; pero Dios es justo y misericordioso para el pueblo, y ha dispuesto que termine el imperio de los mamelucos.»

Refiriéndose á los sentimientos de los franceses, añadía:

«Nosotros también somos verdaderos musulmanes. ¿No hemos sido nosotros los que han aniquilado al papa, quien decía que era preciso hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos nosotros los que han aniquilado á los caballeros de Malta, porque esos insensatos creían que Dios deseaba que hiciesen la guerra á los musulmanes? ¡Tres veces felices los que estén con nosotros, pues prosperarán en su fortuna y en su rango! ¡Dichosos los que se mantengan neutrales, porque tendrán tiempo de conocernos y se pondrán de nuestra parte! ¡Infelices, tres veces infelices los que se armen en favor de los mamelucos para combatir contra nosotros! Para ellos no habrá esperanza, y perecerán.»

Bonaparte dijo á sus soldados:

«Vais á emprender una conquista cuyos efectos en la civilización y el comercio del mundo son incalculables, y descargaréis sobre Inglaterra el golpe más certero y sensible, hasta que podáis dirigirle el de muerte.

«Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos; y su primer artículo de fe es el siguiente: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta*. No les contradigáis; proceded con ellos como con los judíos y los italianos; tened consideraciones con los muftís y sus imanes, como las tuvisteis con los rabinos y los obispos. Con las ceremonias que prescribe el Alcorán y con las mezquitas, tened la misma tolerancia que tuvisteis con los conventos y las sinagogas, con la religión de Moisés y de Jesucristo. Las legiones romanas protegían todas las religiones; aquí hallaréis costumbres diferentes de las de Europa, y es preciso acostumbraros á ellas. Los pueblos donde vamos á penetrar no tratan á sus mujeres como nosotros; recordad que en todos los países es un cobarde el que viola.

«La primera ciudad que encontraremos fué edificada por Alejandro, y hallaréis á cada paso grandes recuerdos, dignos de excitar la emulación de los franceses.»

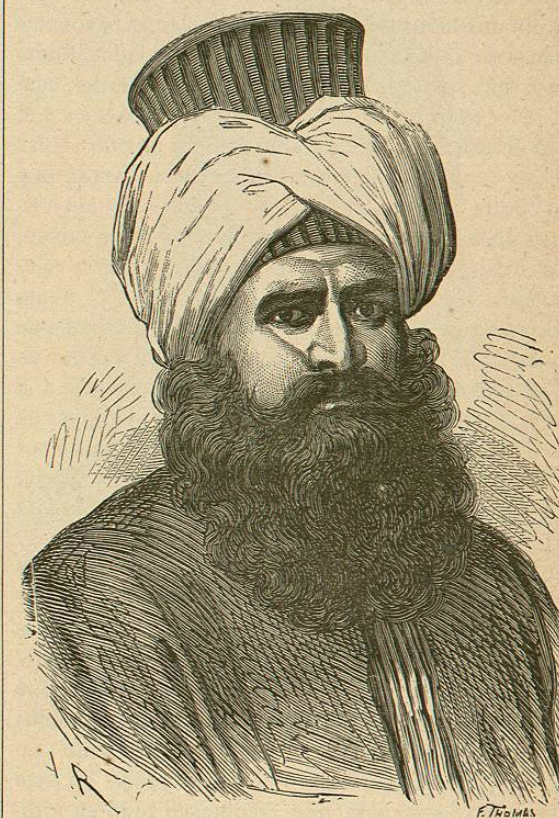
Bonaparte adoptó en el acto sus disposiciones para establecer la autoridad francesa en Alejandría, dejar en seguida el Delta y apoderarse del Cairo, capital de todo el Egipto. Era el mes de julio; el Nilo iba á inundar los campos, y por lo tanto quería llegar al Cairo antes de la inundación, á fin de ocuparse en su establecimiento mientras durase aquélla. Dispuso que todo siguiese en el mismo estado en Alejandría; que continuaran los ejercicios religiosos, y que los cadíes dispensaran justicia como antes. Sólo quiso arrogarse los derechos de los mamelucos, nombrando un comisario para percibir los acostumbrados impuestos. Después procedió á organizar un diván ó consejo municipal, compuesto de los jeques y notables de Alejandría, á fin de consultarles sobre todas las medidas que la autoridad francesa debería adoptar: dejó tres mil hombres de guarnición en Alejandría, y confió el mando á Kléber, á quien su herida condenaba á la inacción por uno ó dos meses, y encar-

gó á un joven oficial de extraordinario mérito, que prometía á Francia un gran ingeniero, poner aquella ciudad en estado de defensa, empleando al efecto los trabajos necesarios. Este joven era el coronel Cretin, que á poca costa y en breve tiempo ejecutó en Alejandría obras de la mayor importancia. Bonaparte dió después las órdenes convenientes para poner la escuadra al abrigo, y la cuestión se reducía á saber si los navíos mayores podrían entrar en el puerto de Alejandría. Al efecto se nombró una comisión de marinos para que examinase el puerto y diese su informe, y entretanto ancló la escuadra en la ensenada de Abukir. Bonaparte prescribió á Brueys que hiciese decidir brevemente la cuestión, trasladándose á Corfú si se reconocía que los navíos no podían entrar en Alejandría.

Libre de estos primeros cuidados, dió sus disposiciones para emprender la marcha. Al mismo tiempo que el ejército francés debía entrar en el Nilo y subir por él una escuadrilla considerable, encargada de los víveres, artillería, municiones y bagajes, siguiendo la costa hasta la embocadura de Roseta. En seguida se puso en marcha con el grueso del ejército, que privado de las dos guarniciones que quedaron en Malta y Alejandría, constaba de unos treinta mil hombres. Había mandado á la escuadrilla que pasase á la altura de Ramanieh á orillas del Nilo, donde se proponía unirse con ella y subir el río en dirección paralela para salir del Delta y llegar al Egipto medio ó Bahireh. Para ir de Alejandría á Ramanieh había dos caminos: uno que pasaba á través de los países habitados á lo largo del mar y del Nilo, y otro más corto y recto, pero que atravesaba el desierto de Damanhour. Bonaparte no vaciló y tomó el más corto, pues le interesaba llegar cuanto antes al Cairo. Desaix marchaba con la vanguardia, y el grueso del ejército seguía á pocas leguas de distancia, rompiendo la marcha el 18 mesidor (6 julio). Cuando los soldados se vieron engolfados en aquella llanura sin fin, con arenales movidizos bajo sus pies, con un cielo abrasador sobre sus cabezas, sin agua, sin sombra, no teniendo en qué fijar los ojos sino en tal ó cual grupo de palmeras, y sin ver más seres vivientes que ligeras tropas de jinetes árabes que se presentaban y desaparecían en el horizonte, y á veces se ocultaban detras de algunos montecillos de arena para degollar á los rezagados, se llenaron de la mayor tristeza. Habían cobrado ya cierta afición al descanso después de las largas y reñidas campañas de Italia, y seguido á su general á un país lejano porque le miraban con pasión ciega, y porque les había anunciado una tierra de promisión, de donde volverían bastante ricos para comprar cada uno un campo de seis yugadas; mas cuando vieron aquel desierto, dieron muestras de descontento y aun de desesperación.

Hallaron destruidos por los árabes todos los pozos que de trecho en trecho señalaban el camino del desierto, y apenas encontraban en ellos algunas gotas de agua salobre é insuficiente para apagar su sed. Habíanles anunciado que hallarían un alivio en Damanhour; pero sólo encontraron miserables chozas, y en vez de pan y vino sólo obtuvieron lentejas en bastante abundancia y un poco de agua, y fué preciso internarse nuevamente en el desierto. Bonaparte vió á los intrépidos Lannes y Murat tirar sus sombreros contra la arena y pisotearlos; pero á todos imponía silencio con su pre-

sencia, y á veces consiguió que renaciese la alegría. Los soldados no le imputaban á él sus males, sino á los que parecían complacerse en observar el país; y al ver á los sabios que se detenían para examinar las menores ruinas, aseguraban que se había venido por ellos y vengábanse con chocarrerías á su manera. Caffarelli, sobre todo, valiente como un granadero y curioso como un erudito, pasaba á sus ojos por el hombre que había engañado al general, induciéndole á visitar aquel remoto país; y como había perdido una pierna en el Rhin, decían: *Poco le importa á él eso, porque tiene un pie en*



Murad-Bey

Francia. Sin embargo, después de crueles padecimientos, sufridos primero con enojo y después con alegría y resignación, llegaron á orillas del Nilo el 22 mesidor (10 de julio), después de una marcha de cuatro días. Al ver el Nilo, aquellas ansiadas aguas, los soldados se precipitaron en ellas, y bañándose en sus olas, olvidaron todas sus fatigas. La división de Desaix, que había pasado de la vanguardia á retaguardia, vió cruzar á galope doscientos ó trescientos mamelucos, á los cuales dispersó con algunas descargas. Eran los primeros que se descubrían y anunciaban el próximo encuentro del ejército enemigo. En efecto, advertido el bravo Murad-Bey reunía todas sus fuerzas alrededor del Cairo, y mientras iban llegando galopaba con unos mil jinetes alrededor de nuestro ejército á fin de observar su marcha.

El ejército esperó en Ramanieh la llegada de la flotilla, descansó hasta el 28 mesidor (13 de julio) y se puso en marcha el mismo día en dirección á Chebreiss, donde nos esperaba Murad-Bey con sus mamelucos. La flotilla, que había marchado la primera y que se adelantó al ejército, se vió comprometida antes de tener apoyo. Murad-Bey tenía también la suya, y desde la orilla agregó su fue-

go al de los *djermes* (ligeros barcos egipcios); de modo que la flotilla francesa tuvo que sostener un combate de los más encarnizados. El oficial de marina Perrée, que la mandaba, desplegó un raro valor, siendo sostenido por los soldados de caballería que llegaron sin montura á Egipto, y hasta poder equiparse á expensas de los mamelucos fueron trasladados por agua.

Tomáronse dos lanchas cañoneras al enemigo y se le rechazó. En aquel mismo instante llegó el ejército, compuesto de cinco divisiones, y que aún no se había batido contra aquellos singulares adversarios. A la rapidez, al choque de los caballos y los sablazos, era necesario oponer la inmovilidad de la infantería, sus largas bayonetas y las masas que hacían frente por todos los lados. Bonaparte formó sus cinco divisiones en otros tantos cuadros, colocando en el centro de ellos los bagajes y el estado mayor; la artillería ocupaba los ángulos, y las cinco divisiones se flanqueaban entre sí. Murad-Bey lanzó contra aquellas ciudadelas vivientes mil ó mil doscientos jinetes intrépidos, que profiriendo gritos y avanzando á galope descargaron sus pistolas, hicieron relucir sus temibles sables, precipitándose sobre el frente de los cuadros. Hallando por todas partes una valla de bayonetas y un fuego terrible, cabalgaban alrededor de las filas francesas, caían ante ellas ó escapábanse á la llanura con toda la ligereza de sus caballos. Después de haber perdido Murad doscientos ó trescientos de sus más bravos jinetes, retiróse hacia el vértice del Delta para ir á esperarnos á la altura del Cairo á la cabeza de todas sus fuerzas.

Aquel combate bastó para familiarizar al ejército con este nuevo género de enemigos y sugerir á Bonaparte la táctica que debía emplear contra ellos. Las tropas se encaminaron hacia el Cairo, manteniéndose la flotilla en el Nilo á la altura del ejército. La marcha continuó sin descanso durante los días siguientes y los soldados hubieron de sufrir nuevas privaciones; pero como costean el Nilo, podían bañarse todas las tardes. La vista del enemigo bastó para que recobrasen todo su ardimiento. «Estos soldados, decía Bonaparte, ya un poco disgustados de las fatigas, como sucede siempre cuando se ha obtenido bastante gloria, me parecían siempre admirables en su situación.» Durante las marchas renovábase su disgusto, pero después seguían las bromas. Los sabios comenzaban á inspirar mucho respeto por el valor de que daban pruebas: Monge y Berthollet en la flotilla habían manifestado en Chebreiss una intrepidez heroica; y así es que los soldados les tenían la mayor consideración en medio de sus chanzas. Como tardaban en divisar aquella capital del Cairo, tan elogiada como una maravilla del Oriente, decían que no existía, ó bien que sería una reunión de chozas como la de Damanhour. Aseguraban también que se había engañado á aquel pobre general, el cual se dejó seducir como un *chiquillo* con todos sus compañeros de gloria. Por la noche, durante el descanso, los soldados que habían leído ú oído referir los cuentos de las *Mil y una Noches*, repetíanlos á sus compañeros, quienes se prometían palacios magníficos y resplandecientes de oro. Entretanto se carecía de pan, no porque faltase el trigo, pues abundaba mucho por el contrario, sino porque no había molino ni horno. Comían lentejas, pichones y una especie de melón exquisito, conocido en los países meridionales con el

nombre de sandía, á la que los soldados daban el nombre de *santa sandía*.

Acercábase el ejército al Cairo, donde se debía empeñar la batalla decisiva. Murad-Bey había reunido la mayor parte de sus mamelucos, unos diez mil, poco más ó menos, á quienes seguían doble número de fellahs, á los cuales se había dado armas, obligándoles á batirse detrás de los atrincheramientos. También tenía á sus órdenes algunos miles de genizaros *ó spahis*, dependientes del bajá, que á pesar de la carta de Bonaparte, se dejó seducir por los opresores. Murad-Bey había hecho preparativos de defensa en las márgenes del Nilo: la gran capital del Cairo se halla en la orilla derecha; y en la opuesta, ó sea en la izquierda, estableció Murad-Bey su campamento, en una larga llanura que se extendía entre el Nilo y las pirámides de Giseh, las más altas de Egipto. He aquí cuáles eran sus disposiciones. Murad-Bey había mandado que se hicieran algunos trabajos en un gran pueblo llamado Embabeh á espaldas del río, trabajos concebidos y ejecutados con toda la ignorancia turca: eran un simple ramal que rodeaba el recinto del pueblo, con baterías inmóviles, cuyas piezas, no estando sobre cureñas de campaña, no se podían trasladar á otro punto. Tal era el campamento atrincherado de Murad, quien había situado á sus veinticuatro mil fellahs y genizaros para batirse con la habitual obstinación de los turcos detrás de las murallas. Aquel pueblo, atrincherado y apoyado en el río, formaba su derecha: los mamelucos, en número de diez mil jinetes, extendíanse por la llanura entre el río y las pirámides: algunos miles de jinetes árabes, que sólo eran auxiliares de los mamelucos para saquear y matar en el caso de una victoria, ocupaban el espacio comprendido entre las pirámides y los mamelucos. El colega de Murad-Bey, Ibrahim, menos belicoso é intrépido, manteníase al otro lado del Nilo, con unos mil mamelucos, sus mujeres, sus esclavos y sus riquezas, dispuesto á salir del Cairo y refugiarse en Siria si los franceses quedaban victoriosos. Cubría el Nilo un considerable número de *djermes*, que contenían todas las riquezas de los mamelucos. Tal era el orden en que los dos beys esperaban á Bonaparte.

El 3 termidor (21 julio) el ejército francés se puso en marcha antes de rayar el día: sabía ya que iba á ver el Cairo y á encontrar el enemigo. Al amanecer descubrió por fin á su izquierda, más allá del río, los altos minaretes de aquella gran capital; y á su derecha, en el desierto, las gigantescas pirámides doradas por el sol. A la vista de aquellos monumentos, detúvose el ejército como sobrecogido de curiosidad y admiración; el rostro de Bonaparte estaba radiante de entusiasmo; comenzó á galopar por delante de las filas de los soldados, y mostrándoles las pirámides gritó: *Pensad que desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan*. Entonces se avanzó con paso rápido: según se aproximaba el ejército, veía elevarse los minaretes del Cairo y como agrandarse las pirámides, distinguiendo también la multitud que guardaba á Embabeh, entre la cual resplandecían las armas de aquellos diez mil jinetes, que brillantes de oro y de acero formaban una línea inmensa. Bonaparte adoptó al punto sus medidas: el ejército estaba distribuido en cinco divisiones, lo mismo que en Chebreiss; las de Desaix y Regnier formaban la derecha, hacia el desierto; la de Dugua, el centro; las de Menou y Bon, la

izquierda, á lo largo del Nilo; y Bonaparte, que desde el combate de Chebreiss había juzgado el terreno del enemigo, tomó sus disposiciones en consecuencia. Cada división formaba un cuadro, y cada uno de éstos tenía seis filas; detrás se hallaban las compañías de granaderos en pelotones, dispuestas á reforzar los puntos de ataque. La artillería se hallaba en los ángulos y los bagajes y generales en el centro. Estos cuadros eran móviles; cuando avanzaban hacían de flanco dos lados, y si recibían una carga debían detenerse para dar el frente á todas partes; después, si se trataba de tomar una posición, las primeras filas debían separarse, á fin de formar columnas de ataque, quedando las otras detrás para constituir siempre el cuadro, pero sólo de tres en fondo y en disposición de incorporarse de nuevo con las columnas de ataque. Tales eran las disposiciones adoptadas por Bonaparte; temía que sus impetuosos soldados de Italia, acostumbrados á marchar al paso de ataque, no pudieran resignarse fácilmente á esta fría é impasible inmovilidad de las murallas, y había tenido cuidado de prepararlos, dando sobre todo orden de no apresurarse á tirar, esperar tranquilamente al enemigo y no hacer fuego sino á boca de jarro.

Avanzó casi hasta tiro de cañón: Bonaparte, que se hallaba en el cuadro del centro, formado por la división Dugua, se aseguró con un antejo de la situación del campamento en Embabeh, y vió que su artillería, no teniendo cureñas, no podía bajar á la llanura, así como también que el enemigo no saldría de las trincheras. Sobre esta previsión basó sus movimientos, resolviendo apoyarse con sus divisiones en la derecha, es decir, sobre el cuerpo de los mamelucos, y circular fuera del alcance de la artillería de Embabeh. Su intención era separar á los mamelucos del campamento atrincherado, cercarlos después, para rechazarlos hasta el Nilo, y no atacar á Embabeh hasta después de librarse de ellos. No debía serle difícil dominar á la multitud que hormigueaba en aquel campamento, después de haber derrotado á los mamelucos.

Apenas dió la señal, Desaix, que formaba la extrema derecha, rompió el primero la marcha; siguió después el cuadro de Regnier, y luego el de Dugua, con el que iba Bonaparte; los otros dos circulaban alrededor de Embabeh, fuera del alcance de la artillería. Murad-Bey, que aunque sin instrucción, estaba dotado de un gran valor y tenía un golpe de vista penetrante, adivinó al punto la intención de su adversario, y resolvió atacarle en aquel momento decisivo. Dejando dos mil mamelucos para proteger á Embabeh, precipitóse con el resto sobre los dos cuadros de la derecha. El de Desaix, que avanzaba entre las palmeras, no se había formado aún cuando le atacaban los primeros jinetes; pero formóse en el acto, quedando en disposición para recibir la carga. Enorme masa es la que forman ocho mil jinetes galopando á la vez por una llanura; precipitáronse éstos con gran ímpetu sobre la división Desaix; pero nuestros bravos soldados, tan impasibles ahora como fogosos fueron en otro tiempo, esperáronles con calma, y los recibieron con un terrible fuego de fusilería y matalla á boca de jarro. Conteniéndose por el fuego, aquellos innumerables jinetes galopaban por delante de las filas y alrededor de la ciudadela inflamada. Algunos de los más intrépidos, precipitándose sobre las bayonetas, re-

volvían sus caballos, derribándolos sobre nuestros infantes; de este modo consiguieron abrir brecha; pero treinta ó cuarenta fueron á expirar á los pies de Desaix, en el centro mismo del cuadro. Entonces volvió grupos la caballería, y alejóse del cuadro de Desaix, para caer sobre el de Regnier, que seguía después; recibida por el mismo fuego, volvió al punto de partida; pero hallando tras sí á la división Dugua, dirigida por Bonaparte hacia el Nilo, pronuncióse en completa derrota. Entonces comenzó la fuga en desorden: una parte se precipitó por nuestra derecha, del lado de las pirá-



Desaix

mides; otra, pasando bajo el fuego de Dugua, fué á refugiarse en Embabeh, donde introdujo la confusión; y desde aquel instante reinó el desorden en el campamento atrincherado. Al observarlo Bonaparte, ordenó á sus dos divisiones de la izquierda que se aproximaran á Embabeh para tomar la posición. Bon y Menou avanzaron bajo el fuego de las trincheras, y llegados á cierta distancia hicieron alto. Abrióse entonces los cuadros; las primeras filas se formaron en columna de ataque, mientras las restantes permanecían en cuadro, figurando siempre verdaderas ciudadelas; pero en el mismo momento, los mamelucos que Murad dejó en Embabeh y también los que habían huído quisieron adelantarse á nosotros. Precipitáronse sobre nuestras columnas de ataque cuando avanzaban; mas deteniéndose éstas en el acto, y formándose en cuadro con maravillosa rapidez, recibieron al enemigo con firmeza y mataron mucha gente. Los unos volvieron á Embabeh, donde el desorden era extremado; los otros, huyendo por la llanura, entre el Nilo y nuestra derecha, fueron fusilados ó precipitados al río. Las columnas de ataque embistieron entonces vivamente á Embabeh, apoderándose de